

EL DELITO DE EDITAR

Alberto Burnichon,
asesinado
en la dictadura

Página 3



CONTRATAPA

Sólo
ella, por
Luis Soto

Página 4

SL

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 2 | NÚMERO 93 | JUEVES 12 DE SEPTIEMBRE DE 2013

Una felicidad repulsiva

El familiar ajeno
y lo ominoso en los cuentos
de Guillermo Martínez



Una *felicidad repulsiva* recupera desde la mirada de Guillermo Martínez lo mejor de la cuentística argentina, esa que puede remontarse a Eduardo Holmberg (en el siglo XIX) y continúa en Julio Cortázar, Abelardo Castillo y Jorge Luis Borges. El cuento como género, cristalizado en los relatos de Poe (y que en la literatura argentina nace de alguna manera particular con *El Manadero*), es desplazado por la novela en el mundo editorial actual, a pesar de que los autores canónicos de nuestra literatura se destacaron más por la perfección de los primeros que por sus narraciones más extensas.

Martínez (1962) apuesta a este género y en una conversación con *Télam* explica que casi todas sus historias se le "aparecen bajo la forma de cuentos. En general, ese vislumbre inicial ya incluye el final", puesto que "siempre me interesa alguna clase de revelación que sea inesperada para el lector". Y agrega: "Esto no significa necesariamente un final sorpresivo, pero sí un nuevo sentido que sólo se alcanza al llegar al final, pero eso me interesa también el suspenso como elemento narrativo, la acumulación en atmósfera y tensión."

Una felicidad repulsiva (Planeta) es su segundo libro de cuentos y si bien en *Infierno grande* (1993) —su anterior volumen de relatos— "había una clara intención política que emergía al final, sólo hay aquí un cuento que toca de costado lo político. Se llama *El peluquero vendrá*", indica Martínez.

Es evidente para el lector que avanza por los once relatos que los personajes se desenvuelven dentro de un contexto familiar y burgués, recordando a los mejores cuentos fantásticos de la literatura argentina del siglo XX, espacio donde Cortázar se destaca, pero donde también figuran Silvina Ocampo, José Bianco y Adolfo Bioy Casares, entre otros.

Este ambiente aparece desarrollado largamente en el cuento que da título al volumen, donde emerge de forma natural, desde lo cotidiano, la incertidumbre entre lo extraño y lo maravilloso, característica central de la fantasía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SÍGUE EN LA PÁGINA 2



DE PROYECTOS WEB A LIBROS, GRACIAS AL FINANCIAMIENTO COLECTIVO

El sitio web "Casa Chauca", que registra con fotos hogares decorados por sus propios dueños, y la página de Facebook "La gente anda diciendo", que recopila frases escuchadas al pasar en la calle, lograron pasar del mundo virtual al libro en papel gracias al financiamiento colectivo. "Casa Chauca" y "La gente anda diciendo" tienen mucha presencia en la web, por eso, para desarrollar un libro en soporte papel—algo así como una vuelta a las

raíces de la transmisión cultural—acudieron al lenguaje que mejor concen: la realidad online. Con miles de seguidores en su haber, ambos presentaron sus proyectos en la plataforma digital latinoamericana de financiamiento colectivo Idea.me, donde casi 300 emprendedores lograron concretar sus sueños mediante un sistema de colaboraciones y recompensas de gente que apuesta con poco dinero al desarrollo de ideas.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 5 DE SEPTIEMBRE DE 2013

Una felicidad repulsiva



→ CARLOS DANIEL ALETTO

VIENE DE TAPA

En este cuento (que puede ubicarse también dentro del escurridizo territorio del gótico contemporáneo), "lo familiar" encierra lo ominoso, tema del que Freud se ocupara con detenimiento en *Das Unheimlich*, es decir: eso que nos resulta cercano y propio, pero que en un momento se enajena y se convierte en siniestro.

En el texto, la vida rutinaria de una familia cuyos integrantes masculinos cumplen con el ritual de jugar al tenis, lo ominoso aparece en la mirada a esa otra familia que —aparece felicidad completa— guarda un secreto, causa de angustia monstruosa para el narrador.

"Este cuento —sintetiza su autor— tiene algo del arco de cualquier vida: el paso del tiempo con sus derrumbes sucesivos y la mirada sobre la felicidad de los otros."

Martínez explica el desplazamiento hacia la zona de lo fantástico: "creo son todas diferentes expresiones de la forma más lábil que tienen las conjeturas en lo literario, lo que yo llamo la lógica de la ficción, o la existencia —débil— pero no menos determinantes de las conjeturas". Es decir, "trato de tomar de Henry James la lección de que en una narración no solo importan los hechos (que pueden ser muy pocos y hasta anodinos) sino que también pueden convertirse en materia narrativa las conjeturas sobre esos hechos, la acumulación de pensamiento antes de cada acto, lo que lleva en la mente cada personaje y que termina de disiparse en el encuentro con lo real—estricto—".

Así como ese cuento se sostiene en un fantástico, en *Día y/o los reinos de la posición horizontal*, Martínez explora el límite de la geografía entre erotismo y muerte.



MARTÍNEZ. "SIEMPRE ME INTERESA ALGUNA CLASE DE REVELACIÓN QUE SEA INESPERADA PARA EL LECTOR".

te, tema que la cultura francesa ha condensado en el orgasmo al denominarlo *la petite mort* (la pequeña muerte) y que George Battaille lo ha expuesto en lo mejor de su ficción. Acá, la saga familiar se presenta nuevamente "como derrumbe" y es el personaje de "la abuela" quien articula ambos cuentos.

Estos "reinos de la posición horizontal" no son otros que aquellos que Hesíodo describiera en *La Teogonía*: Eros, Muerte, Sueño, explorados en tono de angustia en *El I Ching y el hombre de los papeles*.

En este cuento, la racionalidad del personaje se resiste a creer en el milagro, pensando que lo sucedido pertenece a la lógica del azar, mientras la madre busca en el I Ching el mensaje para que no se reitera la historia de aquel primer hijo muerto.

Este tema se repite de una manera más conflictiva, oponiendo fe y ciencia para explicar el "momento cero de la Creación" en *El sumidero de Dios*: la porosidad por donde se filtra la vida que abre la ciencia y la religión, territorio explorado en muchos de sus cuentos por Borges.

Y dentro de esta temática (aunque cercano al relato de ciencia ficción) puede ubicarse el apo-

clíptico *Unos ojos fatigados*, con extraños "embajadores" y un territorio donde encontrar algo humano parece no ser tan fácil.

De alguna forma, Guillermo Martínez hace entrar lo fantástico sobre la realidad científica, pero sobre todo desde esa zona sombría que queda entre la demencia y la cordura como en *Una madre protectora*, donde la historia del hijo, entre un artista, Lorenzo, y la danesa Sigrít, agobia al lector, por la degradación que sufre el pintor como por la oscura conducta de la madre y la suerte que corre el vástagu y en todo caso también su sustituto.

Este deslizarse por los bordes quebradizos entre la locura y la cordura de una madre sobreprotectora aparece con variantes (y con una isotopía en el libro) en el mencionado *I Ching...* y también en *Lo que toda niña debe ver*, *Helpme!*, *El secreto* para concretarse definitivamente en *Un gato muerto*.

Lo que toda niña debe ver narra la obsesión de una madre preocupada por el futuro de su hija física (casualmente no figurar-

va" en este caso) y la pasividad de un hombre que lo único que ha realizado por *masu propio* es orinar en la vereda de la casa de esta mujer.

En *Helpme!*, una mujer eslovaca —también madre— constituye un enigma para el narrador, en este caso reforzado por no compararla a una lengua en común y vincularse únicamente en esa frase repelida, como en una letanía: el pedido de auxilio de la madre.

En *El Secreto*, la madre protege al hermano del niño narrador, protección que comienza a correr peligro cuando este pasa a poseer ese secreto familiar para contrarrestar de alguna forma los golpes que recibe de su hermano.

Y, por último, en *Un gato muerto* se hace evidente este vínculo madre-protección-locura: la madre primeriza cree que debe protegerlo de un ataque mágico y su sufrimiento sufre una transformación al escuchar llorar a su hijo.

Hay una mujer antes de ser madre, con actitudes acordes al territorio de la cordura, pero al tener que proteger a su hijo se liberan sus facultades mentales.

Martínez dice que "por ejemplo, la mujer de *Un gato muerto* que lucha por no dejarse dominar por la mirada de la vieja y finalmente actúa porque sucumbe a

los indicios que parecen confirmar la maldición sobre el hijo; así también las diferentes perspectivas de los personajes de *Una madre protectora* sobre lo que va verdaderamente ocurre".

Y "así también la marca de lo fantástico, que está solo en el narrador de *Una felicidad repulsiva* y no puede verificarse. Lo fantástico, lo horroroso, lo siniestro, están en lo real apenas se miran las cosas con el suficiente detenimiento".

En otra tradición (en la larga tradición de la espera) está inscripto el cuento *El peluquero vendrá*. Este cuento "es algo así —dice Martínez— como un *ready-made* histórico, ya que todos sus datos, como indica la nota final, son extraídos del libro *Trotsky in Mexico* de Alain Dugrand, quien narra "el último día de Trotsky y creo que no advierte la parábola perfecta del día: a la mañana Trotsky conversa con la mujer sobre la necesidad de llamar a un peluquero a la casa sitiada, a la noche le rasuran el cráneo para la preparación en *exstremis*. ¡Y la frase que le dice a la mujer verdaderamente se la dijo!".

Todas las ideas iniciales se le aparecen cuando cuenta, asegura Martínez al principio de esta novela, pero entre el primer libro de cuentos, *Inferno Grande*, ha publicado cinco novelas y tres libros de ensayos. La explicación que el escritor da es que esas "ideales iniciales de cuentos, a medida que las escribe, se convierten a veces en novelas, si los personajes se despliegan o revelan bifurcaciones, o un costado "teórico" que se enlaza naturalmente con lo dramático.

"De hecho, cuatro de mis cinco novelas fueron en un principio apuntes para cuentos. Este libro de cuentos no lo podía terminar porque los relatos largos que tenía pensados para cerrarlos (*La muerte de Luciano B.*, y después *16 años con una mujer bisexual*), se convirtieron en novelas".

Lejos de las tramas de fíndole sexual y de la saga en sayística dedicada a humear en los traspiés de los proceres nacionales, Federico Andahazi presentó su primer libro para niños, *Tres secretos para aprender a volar*, un conjunto de relatos con moraleja inspirados en las enseñanzas que el escritor inculca a sus hijos. La particularidad de esta obra no se agota en el cambio radical de género, ya que para esta ocasión el autor

de *El anatomista* trabajó junto a su esposa, Aída Pippo, a cargo de las ilustraciones de este texto dirigido a niños de 8 años en adelante. "La literatura es una actividad profundamente infantil. Esto de que alguien nos tome en serio a los escritores me parece asombroso porque hacemos lo mismo que los chicos: contar historias, dibujar, pintar, inventar", ejemplificó durante una entrevista con *Télam*.



Alberto Burnichon, editor asesinado en la dictadura



→ JORGE BOCANERA

El libro *Alberto Burnichon. El delito de editar*, compilado por el poeta Aldo Parfeniuk rescata una figura entrañable de la cultura de esa provincia que pugñó por dar circulación a creadores argentinos y fue asesinado por la dictadura militar.

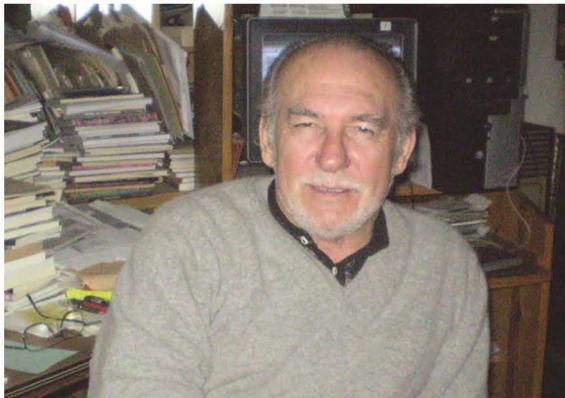
El libro publicado por la editorial Ebel con un estudio crítico de Parfeniuk, aúna diferentes artistas y escritores que rinden homenaje al coraje intelectual del editor a la vez que documentan su secuestro y asesinato el mismo día del golpe, el 24 de marzo de 1976.

Entre las evocaciones reunidas en *El delito de editar*, se cuentan la del escritor María Paoletti, el músico *Pancho Cabral*, el tiritero Roberto Espina y la docente Nelda Abed, quien señala que su muerte tuvo que ver con: "La claridad de sus ideas, el hecho de ser incorruptible, que llevaba y traía propuestas entre una provincia y la otra". Además, el tener una editorial para muchos "era como tener un instrumento subversivo".

El escritor uruguayo Eduardo Galeano, también convocado, dice: "De Burnichon aprendí la humildad, la sabiduría que el pudor oculta, la cordialidad, el abrazo de verdad y el mejor brindis que he escuchado jamás y que habitualmente uso, invocando las fuentes: ¡por el pretexto!".

Télam: Burnichon (1918-1976) fue detenido el mismo día del golpe y asesinado en forma brutal, ¿a qué adjudica usted ese ensañamiento?

Parfeniuk: A que necesitaban dar un aviso elocuente de lo que se venía. No hay duda de que sus captores lo consideraban muy peligroso, sabiendo que su "red" operativa eran las librerías, galerías de



ALDO PARFENIUK. "NO HAY DUDA DE QUE SUS CAPTORES LO CONSIDERABAN MUY PELIGROSO."



Como vendedor itinerante de libros comerciales, enciclopedias, etcétera, Burnichon recorría todas las provincias. Con las ganancias publicaba en distintas provincias pequeños libros o plaquetas con textos y dibujos de artistas que, siendo del lugar –según su gusto infalible y anticipador– merecían trascender.

arte y casas de escritores, plásticos y músicos de casi todas las provincias. Eligieron bien a la hora de dar un mensaje a quienes tenían que irse del país.

Al momento de allanar su casa, se lo llevan junto a su esposa, la educadora María Saleme, y varios hijos, uno de los cuales habría estado detenido en un campo clandestino de Córdoba...

Fue detenido e interrogado junto a su hijo David de 17 años, en La Ribera y La Perla durante el desarrollo de 24 horas, luego los separaron. Al hijo lo abandonaron camino a Alta Gracia y a Burnichon lo ejecutaron con 7 disparos en la garganta.

Por su hija Soledad, que está siguiendo el tema en la Justicia, se sabe que los secuestradores fueron soldados del Tercer Cuerpo de Infantería, y que Burnichon –secuestrado, asesinado y atentado con explosivos– fue presentada ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos por fuera de la causa de La Perla, como es el caso de varios

que aún están en proceso de presentación.

¿Cree que el caso "Burnichon" ha estado sumido en cierto olvido, sin la atención y la difusión suficiente? Por supuesto. En el libro hay información y reflexiones de diferentes escritores, plásticos y editores que dan cuenta de lo injusto de ese olvido, especialmente en momentos en que a nivel de país estamos tratando de hacer justicia.

Genete lo conoció, enfatiza su condición de humanista y de caminante, ¿qué palabras utilizaría usted para dar el perfil de un hombre entregado a la cultura y a lo fraterno?

En un poema, y al pensar en por qué lo mataron lo retrato como "un tipo peligroso: de libros llevar". Y coincido con su mujer, María Saleme, quien lo definió como "un buceador de la vida y la cultura; "alguien que se daba siempre, sin esperar el vuelto".

Era un hombre ético. En un poema escrito a modo de homenaje, su amigo, el poeta Manuel J. Castilla, lo recuerda como el hombre que iba por todos los pueblos de Argentina dejando la voz de los poetas; versos que llevaban sus "ganac de injusticia y de mostrar belleza".

Usted también habla de él como "editor-chasqui y goldrína", ¿le importante su labor por difundir a los autores del "interior"?

Como vendedor itinerante de libros comerciales, enciclopedias, etcétera, Burnichon recorría todas las provincias. Con las ganancias publicaba en distintas provincias pequeños libros o plaquetas con textos y dibujos de artistas que, siendo del lugar –según su gusto infalible y anticipador– merecían trascender.

Su tarea es clave para entender cómo funcionaba una parte importante de nuestra cultura y de nuestro sistema literario nacional, que en la época en que él actuaba era muy diferente a hoy. Fuera de Buenos Aires y algo en Rosario y Córdoba, en el resto del país no había industria editorial.

Entre los muchos nombres editados por él "Burnichon" a partir de 1957 figuran los escritores Daniel Moyano, Juan José Hernández, Luis Luchi, Manuel J. Castilla, Juan Gelman, Enrique Wernicke, Jacobo Regen, Armando Tjádá Gómez, y los pintores y dibujantes: Crist, Carlos Alonso, Roberto Fontanarrosa, Hernando Gilberto Sábat y Scafati.

Su trabajo editorial arrancó en 1957 con *Exhortaciones*, un libro de Ezequiel Martínez Estrada...

Sí, y libros de Manuel J. Castilla y de Juan J. Hernández. Lo de Martínez Estrada no es casual. Burnichon era su amigo y lo admiraba. En un momento lo que dice Martínez Estrada en *Exhortaciones* ve que ahí está en gran medida el ideario de Burnichon: sobre todo con respecto a qué es enseñar y aprender, qué es justicia, qué significa ética.

Con una política que busca dar voz a la nueva generación de escritores e reivindicar a los que no tuvieron un espacio dentro del panorama literario local, la editorial **Nulú Bonsai**, dirigida por los poetas Sebastián Goyeneche y Grau Herlt, lleva cinco años ofreciendo una variada literatura alternativa a las normas del mercado. La editorial, con más de 40 títulos publicados y un catálogo dividido en las colecciones *La Jauría* (narrativa) y *Ojo bala*

(poeta), tiene como objetivo publicar escritores que son ignorados por los grandes grupos editoriales o que no son editados regularmente, así como autores de generaciones pasadas que fueron sepultados y extrañeros que no gozan de traducciones al español. "Cuando arrancas con las colecciones tienes una idea en la cabeza, pero de pronto salen dos títulos y el lector no sabe para dónde vas a apuntar", dice Goyeneche, poeta y músico, a **Télam**.



CONTRATAPA

↳ LUIS SOTO

Las pestañas y los pezones se sigue pintando. Siempre del negro violáceo que a mí me gusta. A ratos el deseo se despeza, pero he decidido no tocarla más. Es una arpia Silvia. Cabeza de mujer, cuerpo de ave de rapina. No es casual: en rapina caben las cinco letras de arpia (sobra la ñ). Nos casamos en 1984. Son pocas las costumbres que me han permitido conservar. Y no está conforme. Me ha manoseado como a los muñecos de pelo lencé que duermen sobre la cama. Los muermde, les hace cosquillas, encredada los franela. Silvia logró cambios que nadie hubiera imaginado. Hasta que ella oficializó el noviazgo, los sábados yo iba a bailar a un club. Grabaciones de Troilo, Di Sarli, Gobbli. Ella sabía, el engandose dio en una millonga. Para apartarme de los amigos sus viejos fueron como cómplices. Aunque una tormenta tajeira el cielo el fin de semana iban a una quinta. El departamento era nuestro huflín. De la cama a la heladera yuechaba a Piazzolla, a Rovira. "Medía medida más, mozo. De la botella panzona".

Los miércoles yo jugaba al truco. Un clásico de barrio. "Si tenés ganas andá...", concedía ella. Empezé a armar reuniones con gente de la colectividad francesa. Treboles y corazones en lugar de bastos y espadas. Ahora se habla de okupas de casas vacías. Silvia me consideró desahabada y se instaló entre mis tripas. Como una lombriz solitaria. No la frené a tiempo, años demorando en putearla. Vinieron los hijos. Mi abuelo Nurni, nacido en la Toscana, en 1941 se hizo partidario antifascista en la ribera del Po. Medio siglo más tarde me tocó a mí, pero sin ideología política. Nada de principios, sólo tenía fines. Me reduje a la guerrilla conyugal. Dela educación de las nenass se encargó ella. Yo me apoderé de Ernesto, el menor, único varón. Las chicas se recibieron de profesoras: María de matemáticas, Inés de biología. Me costó aceptar que Ernesto se pegara a un grupo de la universidad. Sufría al oírle decir "no me da" y señalar su sien. Pero contrariarlo era (meofera de comisario) caer en apremios ilegales. "Lo vas a hacer como vos, un mediocre sin aspiraciones", acusaba

Silvia. A los 19 años mi hijo era tenista profesional. Sin coardarse con la elite, jugó torneos en América y África. Caminó mundo, supotener sus amores y ya retirado, inauguró una tienda de tenis. Los chicos dejaron de vivir con nosotros en febrero. Mi resistencia se hizo más activa. Me conmovieron las denuncias de Assange. Lo admiten gobiernos y empresas. Controlan todo lo que escribís en la PC y cada frase que vomitás por teléfono queda registrada. Basta de e-mails y la prótesis del celular, decreté. A propósito, hace un mes aterricé (equivocado) en un acto surrealista. Un músico de jazz invitó a 50 personas a ver un video. Sólo dio la dirección. Era una oficina de 4 por 4. En cuanto llegabas te colgaban un collar con dijes. Pasó una hora y el tipo no apareció. Molestos, nerviosos, era inevitable morir en espacio tan estrecho. El rocedelos dijestimneaba como el cencero que guía al ganado. Pero el caso brotó antes, animado por los celulares. Me sentí libre: yo no uso celular. De pronto todos hablaban por su aparato. Se mezaban las andanadas de cambias y *para-Elia* de los llamados con los que se desahogaban cantando que un pianista... ó tratarlo de cabrón, sádico, perverso, hasta sordere - se había burlado de sus amigos. Theonius debe haber gozado el happening con prudencial distancia. Como reacción espontánea la mandada arrolló todos los cables y rompió las sillitas de la oficina. Que era alquilada. "Se escancia de a media medida, enseñaba el Negro Moroni. Silva otra".

Para completar la liberación liquidé la usura: di de baja la tarjeta de crédito. Una mañana del pasado abril, sol tibio, generoso, armé en la vereda una casilla como las de los bancos, pero móvil. En lugar de un policía, adentro estoy yo. Es como un sobrero de lona, me llega a media pie. Gracias a la obsesión por la seguridad -y a los zapatos que se han acostumbrado a dejarme - los vecinos no protestan. En ese aguantadero empecé a sacar fotos. Los chicos me miraban y me entricen los ojos como un gato y me largué a decir cómo me veía. "Sos un pibe muy enfermo", salió. Palabras incoables. Cada una se la hago a mi lugar: enfermo, muy y pibe (diploma de inmadurez). Silvia

Sólo ella

barre con bronca la vereda. "¿Te podés correr?", dice. Yo me limito a alzar los pies para que pase la escoba. A veces leía el diario. La trata de blancas está en el tapete. Cafishios, secuestros... ¿Y la trata de noticias? Me asquea ese tráfico. Corté con el diario y las noticias tramposamente elegidas y mutiladas, y recuperé mi primera vocación. Ahora llevo zapatos y la caja con pomada, trapos y cepillo. Cosumbre que viene de lejos. "Si alguien quiere que le lustre... ", decía yo cuando tenía 9, 10 años. En casa todos ponían sus zapatos, como si fuera noche de Reyes. Yo me esmeraba como para un examen. En el 2001 tuve un par de entrevistas con un psicólogo. Hablé de las lustradas. "¿No es humillante tener un tipo agachado lustrándote los zapatos por una moneda?", dijo. No contesté. "¿No necesitas verte humillado, encima sin cobrar, ante tus padres?", cargó él. Le expliqué: nunca me había agachado, siempre lustré en un banco, y los zapatos que lustro están vivos, no tienen piñete. Fue la última entrevista. Que los vecinos me vieran en la vereda perturbaba a Silvia. Cuando se atrevieron a traer sus zapatos para que se los lustrara, ella tiró el comentario sucio: "Con lo que cobrás de jubilación, era hora de que encontraras una changa". No fue suficiente. Una mañana agarró unos mocasines en honroso estado y los tiró al medio de la calle Acoyte. Un colectivo de la línea 99 los desvirtuó. Es una noche saqué dinero de las obras completas de Cormelle - edición en papel biblia jamás leída, donde ella todavía guarda sus ahorros - y compré mocasines nuevos. Los libros son herencia del padre, parece que era crítico literario. "Con esa plata iba a pagarle al futuro profesor. Los mocasines que uraste no eran míos y estaban inpecables". Ahí se puso en víctima: "Me siento engañada". Aproveché el pase: "Que para esconder guita se te haya ocurrido elegir un libro de Cormelle, es una invitación al



engaño". Pasó. Silvia no tiene la inquietud de hurgar en mi vocación de lustrador amateur y yo no me preocupo por contarle el origen. Uno busca refugio para vivir su intimidad en paz, del inodoro a la plaza. Desde que me jubilé el sauna no figura en mi presupuesto. Y me harté de los personajes que se me cruzan en la plaza. Siempre los mismos viejos. Son de mi edad, pero discrimino sin culpa. La privacidad los hace sentirse solos, tienen miedo, le escapó. El único inodoro al aire libre que pude gozar estaba junto a la cabana que mi amigo Carrull me tiene en Punta Lara. Una tarde de otoño estaba amainando una ráfaga de lluvia. Entre chapas oydios, pista de verivertigos carreras de la garrijas, el espectáculo que regaló ese inodoro fue maravilloso. Por el agujero con vista al cielo asomó el arco iris. He visto los frecos de la Capilla Sixtina, sí... Pero me quedo con aquel crepúsculo en Punta Lara. Algún demonio lo pintó para mí. El inodoro de muestra casa no alcanza: el baño es flaco y sombrío, y mi mujer jamás paga la radio. Intenté refugiamme en la cocina. Quise ser creador de gusos. La calidez de la olla de barro me serenaba, pero Silvia corrió el televisor del dormitorio a la cocina. Me tenebrosó. "¿Qué quieres que te traiga?", me preguntó. "Que traiga un cuadro de vereda. "Es abandonado del hogar", dijo ella. Ponerme bucear en el oficio de la lustrada, toda una ceremonia, me dio la privacidad perdida. Con la manga de una remera raída que lo

encapucha, el índice recoge una capa de pasta y la desliza sobre la capellada. Patina sobre el cuero, acaricia. Un juego sensual. También tengo un sello de goma y una almohadilla. Cada tanto sacudo un sellazo de falso influyente. "¿Cuánto debo, mozo?". "¿Qué fue lo último que hice y debo qué contenido?" - me propuse aclarar anoche. Se vino una fecha: octubre de 1979. No puede ser lo último. Acaso sea lo que dejó filtrar la censura. Asoma un rostro de mujer de unos 35 años, pelo lacio, cuello largo. Está desnuda. La escena no se da en la cama. Seapoya, parada, en una columna ocre, la pierna izquierda apenas recordada sobre la otra. Es la única mujer que he tenido desnuda. Maítese llamaba. Ha empezado a vibrarme con cierta frecuencia. La voz de Silvia. Dice que se enfrió la comida. Pura intuición. Huele el peligro y grazna detrás de la persiana. "No tengo ganas de comer". "Hice sopa de verduras". "Me quedo un rato más". Fue apenas un encuentro. Hay momentos mágicos que se repiten. Una sola vez se me acercó no despierta. Se había disfrazado de espartapájaro. "Soy dios. ¿Me creés?", dijo. "Sí". Me enté. Manoté un cuadro de un meso rívolone y se fue a comer junto a un dñamo. Hubo otras mujeres. Suéters, corpinos y medias esperaban sobre la alfombra bordar. Pero quitarse la ropa no es estar desnuda. Maítese estaba desnuda. La única. Parada.